



LUIS BENÍTEZ
La presencia
animal sobrevuela
su poesía

Página 3



CONTRATAPA
El desprecio,
un relato
de Luis Soto

Página 4



SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 3 | NÚMERO 131 | JUEVES 6 DE JUNIO DE 2014

La noche soleada de Munaro



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En *Toda la tierra es una sola alma* (Del Nuevo Extremo), el antropólogo Carlos Martínez Sarasola recoge la palabra de líderes, caciques, chamanes y educadores de comunidades indígenas del territorio nacional, en un intento por rescatar frases y reflexiones que traducen las diversas cosmovisiones de estos pueblos, todas ellas atravesadas por una misma concepción sobre la naturaleza y el universo. "El siglo XXI

será espiritual o no será", parafrasea el antropólogo el dicho de André Malraux. Es esa la idea del libro: la recuperación del discurso indígena, no en boca de otros, sino en ellos mismos. "La espiritualidad y la cosmovisión son los ejes de las culturas de estos pueblos", explica Martínez Sarasola, autor también de *Nuestros paisanos, los indios*, un exhaustivo estudio sobre las comunidades del territorio argentino.



La noche soleada de Munaro



→ PABLO E. CHACÓN

En *Noche soleada*, el escritor Augusto Munaro registra de manera obsesiva el paso de las noches en blanco de un personaje cautivo del insomnio, ese procedimiento que desiste de la metáfora a cambio de la metonimia, moneda de cambio sin valor y equivalente real de la existencia.

El libro, publicado por ediciones De la Yunta, oscila entre un registro testimonial y otro erudito, desplazamiento obligado para transmitir algo de esa extraña nocturnidad.

Munaro nació en Buenos Aires, y publicó *Todo sea por la excepción, El crímen de Mito Súdud, Cul-de-sac, Compendio de Esquive de Souary Recorridos del mánitar evasivo*.

Esta es la conversación que sostuvo con *Telam*.

El insomnio es materia de especulación, de hipótesis esotéricas, científicas, etcétera, pero pocas veces materia de ficción. ¿Cómo nace esta idea?
Nació de una necesidad de querer expresar cierta arquitectura mental del tiempo. Noche soleada podría ser la transcripción, más o menos literal, de lo que el protagonista imagina obsesivamente tras una noche de insomnio. Tomé cierto contexto—el de la Francia de los años 60—sólo para andar circunstancialmente al personaje. Época agitada, cabe decir, que operó como excusa para fic-

cionalizar los procedimientos mentales que vinculan la imaginación de Proust, el protagonista, como mecanismo de escape. El insomnio aviva las manías a un grado de tragedia. Quien se acuesta y no pega un ojo en toda la madrugada, en verdad deja su lecho siendo otro. Hablo en el amplio sentido metafísico del término. Luego de quemar tantas etapas, y de padecer delirios cotidianos, se llega a la sospecha de que se ha desenmascarado nuestro destino. Todo lo que alguna vez escribí es el resultado de horas robadas al sueño. Por eso las posibilidades que brinda se aproximan a lo infinito.

La superposición de planos temporales, al estar el texto narrado en primera persona, introduce un elemento inquietante. A veces se hace difícil saber si lo que sucede, sucede ahora o sucede en la cabeza afebrada, ahora o nunca.
Para el narrador—un insomne de vocación, vale aclarar—, la linealidad de una noche en vela no le basta. Le resulta deficitaria. Incompleta aborreciblemente tediosa. De ahí su afán por simular una sucesión de elaboraciones comentadas que lo llevan a explorar y rebasar varias zonas de su imaginación en simultáneo. Se proyecta en el pasado y en el futuro, pero el lector debe entenderlo como de los dos planos. Hay una

tensión de atemporalidad que articula su discurso astillado. Una pulsión (fermentación de sentimientos) horadada por el deseo continuo de llenar ese tiempo muerto. La búsqueda lujuriosa de sentido. Siempre crulé estimulante escribir para un público permeable a la lectura más activa, es decir, participativa en los desafíos formales. Por eso la antinovela, para llamarla de alguna forma, debería eventualmente destruir al modelo balzaquiano. Nuestros tiempos exigen nuevas formas de pensar y practicar la realidad. En síntesis, y a modo de sugerencia: menos Dickens y más Nathalie Sarraute.

¿Por qué creés que el insomnio es materia de especulación biopolítica y a su vez un atractivo para la narrativa cuando en rigor no es una situación de las más cómodas de sobrellevar?
De especulación biopolítica e infinitud de temas más... El insomnio desborda cualquier intento de clasificación. Las aniquila, se traga todo, puesto que su inercia perfla hacia el vacío. Es incómodo de sobrellevar, como bien decís, por los efectos de cansancio físico que implica, pero sobre todo por su capacidad de destruir sus propias verdades. El insomnio es el gran desorganizador. Aleja que el mundo se desdibuje y se convierta en un estado fantasmal de apariencias entres y no ser. Puro vértigo de existir. En el caso concreto de Proust, estubo en Argentina durante la independencia, pero del lado del general Salan. Por eso mismo, presumiblemente haya

mitilado en la OAS—organización terrorista de extrema derecha que repudiaba la independencia de dicha colonia. Es el típico tipo que guarda un retrato del Mariscal, luego de la Liberación... Un patriota en el peor sentido de la palabra. Tal vez el término redención, más que ninguno otro, lo mantiene en vela durante su noche soleada.

En algún momento, el narrador dice algo así como que el insomnio abre la conciencia. Lo dice, creo, en solitario. ¿De dónde pensás emerge ese supuesto prestigio del insomnio?
Sin pecar de solemne (detesto la solemnidad, porque ello implicaría la certeza de lo serio), te diría que de todas las experiencias capitales que se pueden llegar a tener en una vida, la del insomnio es esencial. Se trata de una experiencia límite donde quien no puede conciliar el sueño debe padecer esa orgía de la vacuidad que significa una noche en vela. Ese desfile de preguntas sin respuesta. Quien no duerme, vive un período extralúdico donde todo es superficie. La odisea—ese movimiento extraño del espíritu—cuesta cara, vale decir. Nos trasladamos a esa zona temida donde no hay impostura que valga, ni religión que pueda contenernos. Un tipo de conciencia que abre desde el mundo y alivia el mundo en un arroyo. De santidad negativa.

La cultura francesa, los juegos de palabras, las parodias de monólogos, parecen una constante del libro, menos en clave surrealista que en Joyce. ¿Algo para decir al respecto?
Sí, sólo diré desde mi experiencia personal como lector, que la literatura francesa—exceptuando Shakespeare y al autor de *Finnegans Wake* que acabás de nombrar—es superior en todo sentido a la inglesa. La que mejor, a mi juicio, ha sabido asumir ciertos riesgos con madurez. Desde la Ilustración, por lo menos, a la Nueva Novela; la culminación de un proceso que llevó siglos de evolución constante. El desafío que valdría imponerse: cómo escribir luego de Barthes y Nabokov-Grillet? Intuyo que aquí la narrativa británica está un tanto sobrevalorada. Argentina, quiérase o no, en materia literaria pareciera ser anglocéntrica, es decir, rígidez dogmática. Es una impresión subjetiva, insisto.

El insomnio es hijo del estrés, del déficit de atención, de las drogas o de la pasión taurina que atrapó a Michel Leiris, o de todo eso o nada eso?
Me tomo que de mucho más también. El insomnio es ante todo un lapsus combinatorio de manías. Un campo de maniobras espectaculares en estado de inconciencia. No sé si a lo largo de la relación a Michel Leiris, un escritor abierto a ciertas experiencias espirituales intensas. Supo abrirse del surrealismo a tiempo. Me atrae el de su faceta antropológica que alcanzó con un libro tan agudo como resulta *África negra*.

La escritora Perla Suez relata las primeras vivencias de un huemul con la belleza del mundo exterior en su libro para chicos *El huemul* (Comunicarte). "Me acuerdo del día que entré en el bosque, estaba descalzo, pisé la tierra húmeda, el suelo era blando y se hundía bajo mis pies". Con este párrafo la autora cordobesa introduce al lector en un sinfín de sermientos palpables de la relación entre la naturaleza y el

ser humano. Ilustrado por Natalia Colombo, el libro es un compendio de buenas sensaciones imposibles de olvidar como los ruidos del bosque, la lluvia fina cayendo en el cuerpo y la sensación de ser parte de la naturaleza. Suez es profesora en Letras Modernas, egresada de la Universidad Nacional de Córdoba. En 1997 recibió la "Mención Especial del Premio Mundial de Literatura Infantil y Juvenil José Martí".



La presencia animal sobrevuela los poemas de Luis Benítez



— JUAN RAPACIOLI

Los poemas que integran *La tarde del elefante*, están atravesados por una presencia de la naturaleza y el mundo animal que dialoga conflictivamente con la civilización occidental a través de una exploración metafísica de la condición humana.

Publicado en una bella edición a cargo de la editorial Buenos Aires Poetry, el volumen inaugura la colección de poesía "Pippa Passes" —un homenaje al drama en verso escrito por el poeta inglés Robert Browning—, con una serie de versos que establecen una relación entre la vida animal y el mundo humano.

Además del poema que le da nombre al libro, aparecen varios títulos donde los animales cobran una fuerza metafísica. "Una garza en Buenos Aires", "Los leopardos", "Una serpiente gentil", "Gorriones de otras partes", "Sapos", "Truchas en el caso sureño" o "Un insecto en enero".

"Creo que muchas veces no tomamos en cuenta que nosotros también somos animales, todo ese pasado al que nos referimos, la prehistoria de la cultura, continúa en nosotros: el hombre contemporáneo sigue siendo igual al de hace cien mil años", sostiene Benítez en diálogo con *Telam*.

Y profundiza: "su psiquis y sus sentimientos, bajo el barniz de la civilización, sigue siendo el de un animal dotado de inteligencia. Eso hace que nos veamos reflejados en los animales, son nuestra otredad. El libro, en ese sentido, trata de reflejar algunos de esos aspectos".

Benítez nació en Córdoba el 1956 es poeta, narrador, ensayista y dramaturgo. Miembro de la Academia Iberoamericana de



BENÍTEZ. POETA, NARRADOR, ENSAYISTA Y DRAMATURGO. PUBLICÓ MÁS DE 30 LIBROS EN UNA DOCENA DE PAÍSES.

“Creo que muchas veces no tomamos en cuenta que nosotros también somos animales, todo ese pasado al que nos referimos, la prehistoria de la cultura, continúa en nosotros: el hombre contemporáneo sigue siendo igual al de hace cien mil años.”

Poesía, Capítulo de New York, con sede en la Columbia University de la World Poetry Society, entre muchas otras, es autor de más de 30 libros publicados en Argentina, Uruguay, Chile, México, Venezuela, España, Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Rumania y Suecia.

Según el autor, "la estructuración final de un libro es una de las facetas más difíciles de concretar, porque uno intuye que hay un sentido secreto en ese grupo de poemas, pero el tema es descubrir cuál; se supone que el autor tiene facilidad para saber eso, pero no siempre es así".

"En el caso concreto de este libro, es fue relativamente fácil porque encontré que el nexo en-

tre la animalidad y la humanidad iba formando un hilo conductor", explica Benítez.

Si embargo, apunta, "el libro no escapa a la tradición de la cultura occidental, como no lo hace ninguno de sus fenómenos, porque cualquier hecho o movimiento estético que se ha propuesto transformar esa tradición ha terminado enriqueciéndola, como lo vimos con el dadaísmo, el surrealismo y con todos los hijos del gran romanticismo del siglo XIX".

"Mi poesía —explica— no trata de cambiar las formas, sino de renovarlas en función de contenidos que cambian de tiempo en tiempo que en este tiempo se escriba mejor que en otro o José Hernández, simplemente lo hacemos de una manera distinta porque nuestra época es distinta, y la poesía siempre debe dar cuenta del hombre de su época, en su lenguaje".

Según Benítez, "en Argentina, los últimos deportes fuertes han sido los de la poesía norteamericana más reciente; los autores de mi generación—los 80—, sufrimos ese influjo y realizamos una suerte de digestión de esos procedimientos, lo que dio por resultado algo que creo es más rico que su origen: el beat, el minimalismo, ha envejecido".

"En la poesía argentina hemos logrado una suerte de síntesis de nuestra herencia europea y del aporte estadounidense —señala—. Es por eso que vivimos un buen momento, es una poesía 'cross over', que puede pasar de las fronteras, nuestra poesía ha salido al mundo, ha perdido buena parte de su anterior insularidad".

Para el poeta, "una ayuda muy importante para esa proyección en el mundo ha sido el Programa Sur, implementado por la Cancillería argentina en 2009, donde se comenzó a subsidiar la traducción y publicación de libros de autores argentinos en el exterior; en la actualidad, más de 700 títulos han sido publicados gracias a este programa, es notable".

"Creo que todavía no podemos ver la importancia de tener un plan como este en funcionamiento en nuestro país —remarca—. Yo tengo contacto con colegas en el exterior, y todos se manifestaron siempre muy asombrados de que este país le brinde facilidades a su autor argentino, cuando en sus países no tienen algo equivalente".

Según cuenta, "desde afuera, hay una gran curiosidad por lo que hacemos los argentinos, porque es muy variada nuestra producción; lo que nosotros hacemos es nuestro, es una síntesis de muchas cosas, logra la unificación de lo que la literatura norteamericana sale al mundo y ocupa posiciones que tenía que haber ocupado, tal vez, en otro momento".

Los diarios y bocetos de Oscar Niemeyer, uno de los más grandes arquitectos del siglo XX e impulsor de una de las obras más utópicas del urbanismo moderno: la ciudad de Brasilia, aparecen reunidos por primera vez en castellano, en un libro que da cuenta de su compromiso político y artístico y de su irrenunciable pasión por la vida. *Diario-boceto*. Oscar Niemeyer (Marantán) integra la colección Normadismos, que

se propone divulgar el pensamiento y la escritura, hasta ahora inéditos en nuestro país, de los más notables artistas de la vanguardia brasileña. Oscar Niemeyer fue el creador-constructor de una obra inmensa que define la arquitectura brasileña del siglo XX y deja su impronta—la curva sensual, natural, incitante—en el mundo. Niemeyer nació en Rio de Janeiro en 1907, ciudad donde murió en diciembre de 2012.



CONTRATAPA

↳ Luis Soto

“Los dos tomaban ginebra, como yo. No la holandesa del porrón de barra. Ginebra barata, esa que deja el vaso pringoso. A uno se le cruzó el verbo en 1967, en el momento de Méjico, y al otro, 12 años después, a más de 8.000 kilómetros de distancia, tierra argentina. Cuando un hombre falla la pronunciación de una palabra (se dice en los dos casos) conviene tener claro si se trata de un error o el tipo ha querido retorcir el sentido de lo que dice. El cambio de una letra o una mala acentuación hacen que la palabra suene de otra forma y la cargan de una fuerza distinta. Son tipos que tiran la palabra, conscientemente o no, preparando el terreno. Como Betó, que recién adelantó un peón para liberar el avance del alfil”, empieza a armar el relato Francisco, uno de los cuatro observadores de la partida de ajedrez que se juega en el salón del club El Gambito. Francisco tendrá entre 65 y 70 años, de los que ha dedicado más de la mitad a trabajar en un vivero. Ya jubilado, tiene actividades estables a partir del mediodía. Almuercza con su esposa, como tuca mano de ley, hace honor a la hora de la siesta, y a eso de las 5 se refugia en el silencio chimo que demanda el ajedrez. Mientras espera turno para jugar se suelga inevitable que Francisco se lea a contar una historia. Si no lo dejan jugar en cuanto llega, guardo que se cuenta algo... bromean los amigos. El prólogo quedó atrás.

“El primer episodio sucedió en 1987 en una cantina de un pequeño pueblo, al pie de la sierra de Tezontlalpán. Lo contó un argentino, un tal Dadaj, adorador del trigo burgal. Allí por la década del 60 Dadaj instaló un molino en Tafi del Valle—se afirma el narrador—. Una noche fría de viento y lluvia entró a la cantina un hombre con cara de rasgos aindiados. Pizado junto al mostrador, pidió un whisky y un whisky a beber, los otros yendo sin apuro del boliche a su gente. No era común que un forastero asomara por el lugar. El mozo le preguntó cómo había caído en ese agujero del mundo. El forastero dijo que se llamaba Trujillo, José Trujillo,



El desprecio

que era boliviano, profesor de matemáticas, y se dirigía a Toluca. Para alentar la charla el mozo ofreció otra ginebra. Trujillo no aceptó, tenía que seguir manejando. En el momento en que pagaba oyó desde la otra punta de la barra el vozarrón de un tipo de enorme sombrero de paja: pues me les sirve tequila a todos, patroncito. Cuando el mozo le iba a llenar el vaso Trujillo aclaró que no podía tomar más. A todos dije y todos van a beber, insistió el sombrero, molesto ante el único rechazo. Se parecía a un famoso actor mejicano: Pedro Armendáriz. No sé si le huban. En ton amable Trujillo repitió lo que había dicho al mozo. Auto alquidado, camino de montaña desconocido y frenos poco confiables, era un riesgo manejar con una copa de más. Andale que también tú vas a brindar con nosotros—gritó Armendáriz. Trujillo sonrió. Señores, vestes saldrán comprendiendo, buenas noches, dijo, y enfiló hacia la puerta. Armendáriz le cortó el paso: he invitado a compartir una copa, dijo. Después, Trujillo dijo que no podía beber, le previcido, intentó zafar Trujillo. Demasiado discurso. A mi nadie me desprecia la invitación!, amenazó Armendáriz. Es peli-

groso que tome más alcohol, fue la última excusa de Trujillo. Armendáriz hizo una pausa. Alcohol no... entonces vas a beber algo más suave, dijo. Vacío en una maceta el vaso de Trujillo, se puso a orinar adentro y lo plantó sobre el mostrador. Por unos segundos Trujillo fue una estatua. ¡Bébelo, carajo!, ordenó Armendáriz. El pobre profesor de matemáticas miró su alrededor y supo que no tenía alivio. Sintió que había empezado a llorar despacio, despatuco. Pensó en rezar, pero no tenía fe. Hasta que de un saque se trajo la meada de Armendáriz. Esa misma noche terminó el viaje. El día siguiente Trujillo voló al distrito federal y luego a La Paz. Una hija de este Dadaj, ayudante de cátedra en la universidad de Oruro, escuchó la historia de boca de Trujillo. Recordó de memoria parte de lo que dijo. A ustedes les parece, con esta cara de esmeralda que mi madre tallara con esmero, que ese miserable, tan indio como yo, me haya humillado delante de otros veinte andios y que nadie reaccionara... no te desentendiste Trujillo. Qué madre tallara con esmero, qué ingenio... Pienso que el drama se destrozó cuando Armendáriz necesitó tirar el desafío: a mí nadie me desprecia”. Francisco invitó a una vuelta de café. Todos aceptaron dócilmente.

“El segundo episodio se produjo en 1999—remató el relato—. El escenario volvió a ser un boliche de mala vida. Con una diferencia: de los 2.300 metros de Tezontlalpán bajó a la llanura de Santa Fe. En las afueras de Rosario funcionaba un bar nocturno con varios anexos clandestinos. El local estaba iluminado con velas y atendía a los clientes un lote de chicas listas para la charla, el baile o alguna artesanía manual, ¿o eso no es artesanía? Las parejas se trenzaban en boxes con paredes pintadas de negro. Si esos escarceos no eran suficientes satisfacción, a media cuadra funcionaba un hotelucho con una oferta amplia: se podían tomar turnos de 20 minutos. En un entrepiso había un palco donde reinaba *La Neta*, que ponía música cruzada de piermas, pollerita cortina, sin ropa interior. Un tipo flaco y largo, las mejillas llenas de granitos, se hizo hábilísimo. Decimos César, se presentó. Bas un par de días por semana, se sentaba en una mesa ubicada justo debajo del palco, pedía una ginebra y plimplotó el ambiente. Shit boy, y al día siguiente las chicas juntaban más de una docena de clientes. César tomaba parsimoniosamente su dosis de tres ginebras y relojeaba el panorama que

lucía *La Neta*. Una noche de Bolivia muy ventosa—como la que le tocara a Trujillo cuando se topó con Armendáriz—César era el único personaje que no integraba el elenco de la casa. ¿Me pagás una copa?, lanceaban las chicas, él se limitaba a sacudir la cabeza esperando la una de la mañana para volver a la pensión donde alquilaba una pieza. En eso se sienta a su mesa el dueño del boliche. Noche de mierda, saludá, y pone frente a César la botella de ginebra. Sirve una medida y de pronto dice: ¿no querés ir con *La Neta*? La propuesta sorprende a César, que vuelve a sacudir la cabeza. ¿Qué pasa?, pregunta el dueño. ¿Qué tiene que pasar?, César busca un escape. No parás de mirarla, ¿me vas a decir que no es un hembrón? César no contesta. Al costado del palco hay un depósito y una catretra, informa el dueño. Como César sigue callado el otro se manda: ¿o te gusta la mujer? Tranquilo, tranquilo, te gustan las minas, dice César y aparta la silla. No hay un alma en el bar, por un 50 te encamisa con *La Neta*, llega la sentencia. Con las minas me gusta creer que me las levanto, le sale a César. ¿Entonces no te calienta *La Neta*? No. El dueño se para: nadie me desprecia a *La Neta*, dice. Hay un montón de minas acá, que yo voy a tomar mi copa y punto, no es que las desprecie. *La Neta* es otra cosa. ¿Por qué? Es mi hermana, *La Neta*. No sabía, aclara César. Dame la medida gamla y subí al palco—dice el dueño y va hasta la caja. Al ver que César rumbea hacia la calle el proweneta... esas es la categoría, y una espléndida palabra, el proweneta se le va al humo revoloteando la lonja de un látigo. Pica a toda pierna César. No frema hasta que encuentra un taxi libre. Todavía agitado cuenta la aventura y el taxiburo le dice que *El Neta*, así lo llaman al dueño del boliche, cambió de profesión. Era pedicador en las cuadreras y luego pasó a hacerse café. Luego del relato, el dueño del boliche mira la mirada en la taza de café. Espera un comentario. Betó mueve el alfil, da jaque. “Lo munció—celebra el narrador—. Osea una moraleja: cuando alguien pela el verbo desprecia, todo el mundo decubito dorsal”.